

II

DICCIONARIO DEL «DON QUIJOTE»

Para justificar lo arriba afirmado, al encomio, al pomposo diti-rambo, en cuya vida diríase se juntan el nacimiento y la muerte; á las fiestas, por ventura más arrebatadas que reflexivas; ha de suceder algo que dure en la memoria de las generaciones venideras: á lo transitorio, para no decir facticio, debe seguirse, como demostración soberana, la de que Cervantes, mago de la belleza, es también, y por derecho propio, rey de ese idioma, rey de esa lengua muda del éxtasis de Santa Teresa, como ha dicho uno de nuestros hermanos en América; la lengua de la oración hablada, en San Juan de la Cruz; la de la elocuencia eclesiástica, en Fray Luis de Granada; la de la poesía, en Fray Luis de León, Herrera y Rioja; la de la Historia, en Mariana; la de la política, en Jove-Llanos; la del amor, en Menéndez Valdés; la de la risa, en Figaro; la de la elocuencia semihomérica, en Donoso Cortés; la de Castelar, en quien naturaleza derramó todos los dones de la palabra.

Que el *Quijote* sea la más alta representación de la lengua tan bellamente cantada, no cabe duda. Mas como la seriedad pide se alejen de aquí vanas promesas, señuelo de incautos, y puesto que esta nuestra obra se dedica á los que estudian lo que leen, á los intelectuales, como ahora dicen, y sólo á ellos; no ha de gozar del prestigio de la afirmación sin pruebas: por tanto, serán prenda de las alabanzas que se tributan al más esclarecido de los ingenios españoles sus mismas obras, y, concretándolo más, la depuración del texto singular de su *D. Quijote* y el *Diccionario*, ó, para decirlo por modo más gráfico, el tesoro de palabras en tan precioso libro contenidas; de todas, desde la más alta, la más noble y sublime del idioma, *Dios*, á la más baja, vil y soez, también ésta, pues que Cervantes lo bañó todo, hasta las escenas crudamente realistas, con matices y toques de hermosura.

Sí: al fin de esta edición del *Quijote*, pero formando una sola obra, irá el *Diccionario* por el que há largos años suspiran los maestros en bien decir, y cuantos de cerca siguen sus huellas: ese *Dic-*

cionario del que dijo, no sin pena, el mayor de nuestros críticos, estar condenados á no verle hecho hasta que la paciencia de un alemán, vengándose de la pereza española, nos brindara con joya de tan subido precio, con tal obra, no menos curiosa que útil y necesaria si han de resolverse con irrefragable autoridad los conflictos que surgen á toda hora sobre la pureza de las voces, una de las cinco esenciales partes del óptimo lenguaje, cuando, dando ejemplo de tolerancia, no se opone á engalanarlo, si la conveniencia lo pide, con nuevos y vistosos esmaltes.

Con el continuo uso del *Diccionario del Don Quijote* volverán á los halagos de la vida palabras y frases que con gran tiento, de industria, por graciosa humorada, para dar en que reír y burlar al lector, puso en boca de su héroe el sin par Miguel de Cervantes: son las palabras y frases que se habían hecho fuertes en los dominios caballescros, y que él, con maravillosa intuición, quiso vivieran siempre para el chiste y el donaire.

Consultado este código de la lengua, se verá más claro si ha llegado el momento de inclinarse del lado de los que opinan que ni Quevedo ni Gracián entre nosotros, ni Shakespeare entre los ingleses, con ser en ellos tan extraordinaria la fecundidad de vocablos, acertaron á cerrar en igual número de páginas que las del *Quijote*, y con unidad de pensamiento, mayor caudal de palabras, ni tan cuantiosa riqueza de frases. Dícese que en el gran trágico inglés, fecundísimo si se le compara con Racine, ascienden á poco más de diez mil las palabras usadas en todas sus producciones cuan grandes son. ¿Qué se dirá cuando, publicado nuestro *Diccionario*, pueda hacerse el debido cotejo?

Mientras llega tan venturoso momento, y en prenda de lo merecido del elogio que al autor del *Quijote* deba hacerse en este concepto, damos aquí, por vía de anticipación, un solo vocablo, uno de los más vulgares y manoseados del idioma, el verbo *echar*, para que, puesto frente al artículo que sobre el mismo trae el *Diccionario de la Real Academia*, pueda juzgarse del fundamento que nos asiste sobre cuanto llevamos afirmado:

ECHAR. *a.* Hacer que una cosa vaya á parar á alguna parte, dándole impulso con la mano, ó de otra manera. «Haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis jayanes, y echádmelos á las barbas uno á uno, ó todos juntos.» I, cap. 20. || «Trujo un gran caldero de agua fria del pozo, y se la echó por todo el cuerpo de golpe.» I, cap. 35. || «Acudió luego el cura á

quitarle el embozo para *echarle* agua en el rostro.» I, cap. 36. || «Á gran priesa mandó que le *echasen* agua en el rostro.» II, cap. 34. || «Otros gatos me han de *echar* á las barbas.» II, cap. 45. || «Acudieron los criados á buscar agua que *echartes* en los rostros.» II, cap. 60.

— Despedir de sí una cosa. «Como si cayera sobre él una montaña comenzó á *echar* sangre por las narices y por la boca y por los oídos.» I, cap. 9, pág. 213, lin. 4.

— Hacer que una cosa caiga en sitio determinado. «Y, puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba *echando* el vino.» I, cap. 2, página 80, lin. 1. || «Gana cada día ocho maravedís, que los va *echando* en una alcancía para ayudar á su ajuar.» II, cap. 52.

— Hacer salir á uno de algún lugar; apartarle con violencia por desprecio ó castigo. «Que, *echándolos* de casa con título de libres, los hacen esclavos del hambre.» II, cap. 24. || «Bien será, dijo D. Quijote, que vuestras grandezas manden *echar* de aquí á este tonto.» II, cap. 31.

— Brotar, arrojar las plantas sus raíces, hojas, flores y frutos. «Que, como raíz escondida, con el tiempo venga después á brotar y á *echar* frutos venenosos en España.» II, cap. 65. || «Sancho amigo, la insula que os he prometido no es movable ni fugitiva; raíces tiene tan hondas *echadas* en los abismos...» II, cap. 41.

— Poner. «No se había curado Sancho de *echar* sueltas á Rocinante.» I, cap. 15. || «Y, *echándole* tiento mano á las barbas, no cesaba de decir: «— ¡Favor á la justicia!» I, cap. 16. Y con el mismo significado en los capítulos 17, 18, 26, 36, 41, 43 y 50; II, capítulos 6, 13, 14, 17, 19, 20, 23, 26, 31, 54, 59, 61, 63, 69, 71 y 73.

— Poner, aplicar. «Aun hasta lo que pudiesen costar las botanas que se habían de *echar* á los rotos cueros.» I, cap. 35. || «¿Por ventura habrá quien se alabe que tiene *echado* un clavo á la rodaja de la fortuna?» II, cap. 19. || «Y *echaré* una mordaza á mi lengua.» II, cap. 27. || «¿Tienes un ángel que te saque, y que te quite los grillos que te pienso mandar *echar*?» II, capítulo 49. || «Dijole al oído que no descosiese los labios, porque le *echa-*

rian una mordaza en la boca ó le quitarían la vida.» II, cap. 69.

— Hacer salir á un animal de un sitio determinado. «Mandó al leonero que le diese de palos, y le irritase para *echarle* fuera.» II, cap. 17.

— Arrojar. «Tomad, señora ama; abrid esa ventana, y *echalde* al corral.» I, cap. 6, pág. 130, lin. 3. || «Este libro y todos los que se hallaren, que tratan destas cosas de Francia, se *echen* y depositen en un pozo seco.» I, capítulo 6, pág. 138, lin. 13. || «Allí le *echaron* una destas que llaman melecinas de agua de nieve y arena.» I, cap. 15. || «Cerca de mediodía podría ser cuando nos *echaron* en la barca.» I, cap. 41. || «Por donde *echaban* la paja por defuera.» I, cap. 43. || «El primer volteador del mundo fué Lucifer cuando le *echaron* ó arrojaron del cielo.» II, capítulo 22. || «El duque se le desarraigó y le *echó* por la reja.» II, cap. 46. || «Llegándose á D. Quijote, se le *echó* á los pies.» II, cap. 52. || «Mandó *echar* el esquife.» II, cap. 63.

— Atribuir una acción á cierto fin. «Y *echaba* la culpa á la malignidad del tiempo, devorador y consumidor de todas las cosas.» I, cap. 9, pág. 206, lin. 8. || «*Echad* la culpa á lo que el señor licenciado dijo al principio de mi cuento.» I, cap. 30. || «Y cuando la duquesa nos sienta le *echaremos* la culpa al calor que hace.» II, cap. 44. || «La culpa del asno no se ha de *echar* á la albarda.» II, cap. 66. || «*Écheme* á mi la culpa.» II, cap. 74.

— Inclinar, tener vocación para seguir una carrera ú oficio. «Lo que pienso hacer de mi parte es rogarle á Nuestro Señor que le *eché* á aquellas partes donde él más se sirva y adonde á mí más mercedes me haga.» I, capítulo 26. || «Pero, dejando esto del gobierno en las manos de Dios, que me *eché* á las partes donde más de mí se sirva.» II, cap. 3.

— Acostarse sobre la cama y recogerse. «La estera de enea sobre quien se había vuelto á *echar*, ni la manta de angeo con que se cubría, fueron más de provecho.» I, cap. 17. || «*Echase* sobre su lecho, no puede dormir.» I, cap. 21.

— Tenderse uno vestido, por un rato más ó menos largo. «Y *echarse* á dormir un poco sobre la hierba, á uso de los caballeros andantes.» I, cap. 20. ||

«*Echáronse* á dormir entrambos.» II, cap. 59.

«*Echáronse* á dormir entrambos.» II, cap. 59.

— Apoyarse con todo el cuerpo sobre una superficie horizontal. «Se levantó con gran furia del suelo, donde se había *echado*.» I, cap. 23. || «Y sólo él se acomodó mejor que todos, *echándose* sobre los aparejos de su jumento.» I, cap. 42. || «Y, levantándose de una estera vieja donde estaba *echado* y desnudo en cueros, preguntó...» II, cap. 1. || «Lo primero que hizo fué revolverse en la jaula, donde venía *echado*... y con gran flema y remanso se volvió á *echar* en la jaula.» II, cap. 17.

— Se toma por inclinar, reclinar ó recostar. *Echar el cuerpo atrás, á un lado.* «Cuando subieres á caballo, no vayas *echando* el cuerpo sobre el arzón postrero, ni lleses las piernas tiesas ni tiradas.» II, cap. 43.

— Derribar, arruinar, asolar. «De entre esta tierra estéril, desdichada, destos torreones por el suelo *echados*.» I, cap. 40.

— Metafóricamente, emplear. «*Echase* la mitad de la apuesta en vino.» II, cap. 65.

— Junto con un nombre de pena, condenar á ella. «Con todo eso, os digo que merecía el que lo compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le *echaran* á galeras por todos los días de su vida.» I, cap. 6, pág. 151, lin. 3. || «Le *condenaron* por seis años á galeras, amén de doscientos azotes que ya lleva en las espaldas.» I, cap. 22.

— Dar. «¿Qué, el verle *echar* agua á manos?» I, cap. 50. || «*Echóles* sus piensos.» II, cap. 59.

— *Echar á las espaldas.* Olvidar algún cargo ó negocio, no hacer diligencia alguna para solicitarlo y concluirlo. «Pero tú, *echando* á las espaldas todas las obligaciones que debes á mi buen deseo, quieres hacer señor de lo que es mío á otro.» II, cap. 21.

— *Echase á pechos.* Beber sin tasa ni medida. «Y él, tomándola á dos manos (la olla), con buena fe y mejor talante, se la *echó* á pechos, y envasó poco menos que su amo.» I, cap. 17.

— *Echar á perder.* Malostrar un negocio. «Mire ¡pecador de mí! que me destruye y *echa* á perder toda mi hacienda.» II, cap. 26.

— Tratándose de las facultades mentales, perturbarlas. «Encomendados sean á Satanás y á Barrabás tales li-

bro, que así han *echado* á perder el más delicado entendimiento que había en toda la Mancha.» I, cap. 5, página 116, lin. 4.

— Metafóricamente, desacreditar una cosa. «*Echando* á perder con sus mentiras la verdad de la verdadera ciencia.» II, cap. 25.

— *Echar á rodar.* Derribar. «Dando con todos ellos en tierra, *echándolos* á rodar por el suelo.» II, cap. 58.

— Fig. y fam. Dejarse llevar de la cólera, faltando á todo miramiento y consideración. «Y entre otras alcanzó con no sé cuántas á Maritornes, la cual, sentida del dolor, *echando* á rodar la honestidad...» I, cap. 16.

— *Echar agua en la mar.* Hacer bien á quien no lo agradece, ó dar algo á quien no lo ha menester. «Siempre, Sancho, lo he oído decir: que hacer bien á villanos es *echar agua en la mar*.» I, cap. 23.

— *Echar al aire.* Descubrir ó desnudar alguna cosa. «Tras esto alzó la camisa lo mejor que pudo, y *echó al aire* entrambas posaderas.» I, cap. 20. || «Y *echando al aire* tus carnes...» II, cap. 59.

— *Echar al mundo.* fr. usada por la gente vulgar, que, para decir que uno ha nacido, se explica diciendo que Dios le echó al mundo. «Felicísimos y venturosos fueron los tiempos donde se *echó al mundo* el audacísimo caballero D. Quijote de la Mancha.» I, cap. 28. || «Presto nos hemos de ver los dos cual deseamos, tú con tu señor á cuestras, y yo encima de ti, ejercitando el oficio para que Dios me *echó al mundo*.» I, cap. 49.

— *Echar azar.* En el juego de los naipes y otros en que hay envite, es tener mala suerte, y, por ampliación, vale no conseguir lo que se desea, salir mal y contra lo que se solicita y procura en alguna dependencia. Lo contrario en el recto se dice *echar suerte*. «De tal manera podía correr el dado, que *echásemos azar* en lugar de encuentro.» I, cap. 25.

— *Echar bando.* Publicar alguna ley ó mando con imposición de pena. «Porque los muchos *bandos* que el virrey de Barcelona había *echado* sobre su vida le traían inquieto y temeroso.» II, cap. 61.

— *Echar cata.* fr. ant. Mirar ó buscar con cuidado alguna cosa. «Señor

cura, *eche cata* por ahí si hay alguien que vaya á Madrid ó á Toledo.» II, capítulo 50.

Echar censo. Imponer ó cargar. «*Echo censos*, y fundo rentas, y vivo como un príncipe.» II, cap. 13.

Echar coche. Empezar á gastarlo, usarlo. «Si me enojo me tengo de ir á esa corte y *echar coche* como todas.» II, cap. 50.

Echar dado falso. fr. fig. y fam. Engañar. «Y, para mi santiguada, que no me han de *echar dado falso*.» I, capítulo 47; II, cap. 33.

Echar de menos á una persona ó cosa. fr. Advertir, reparar la falta de ella. «Nos daría cuanto le pidiésemos, que su padre tenía tanto, que no lo *echaría de menos*.» I, cap. 40. || «Vuestro padre al punto os *echó de menos*.» I, cap. 44.

Echar del mundo. Hacer desaparecer de él alguna cosa. «No esté aquí algún encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten en pena de la que les queremos dar, *echándolos del mundo*.» I, cap. 6, página 123, lin. 1.

Echar de ver. fr. Notar, reparar, advertir. «Y, por la figura y por ellas, luego *echaron de ver* la locura de su dueño.» I, cap. 4, pág. 105, lin. 1, y, con la misma significación, capítulo 8, pág. 186, lin. 18; y capítulos 15, 16, 18, 21, 25, 26, 27, 28, 34, 35, 36, 37, 41, 42, 43, 44, 46, 48 y 49; II, capítulos 1, 10, 12, 17, 20, 29, 34, 44, 47, 50, 51, 55, 58, 59, 62 y 69.

Echar el pie adelante. Adelantarse en la aplicación y estudio, procurando no perder el tiempo para saber. De este mismo modo se usa para significar que uno se adelanta á otro en el valor, en la pretensión, etc. «En hacer vainillas y labor blanca ninguna me ha *echado el pie adelante* en toda mi vida.» II, cap. 48.

Echar el resto. En el juego donde hay envite, es envidar con todo el caudal que uno tiene delante, y de que hace su resto; y, por traslación, es obrar con toda resolución, haciendo cuantos esfuerzos caben para lograr su intención. «Quiero el envite, — dijo Sancho, — y *échese el resto* de la cortesía, y escancie el buen Tosilos.» II, cap. 66.

Echar en saco roto. Malbaratar y perder alguna cosa, poniéndola en parte ó en manos que no la sepan con-

servar y estimar. Esta locución de ordinario se usa con negación, diciendo: «No la ha echado en saco roto.» «Aunque sé decir al señor Carrasco que no *echará* mi señor, el reino que me diera, *en saco roto*; que yo he tomado el pulso á mi mismo, y me hallo en salud para regir reinos y gobernar insulas.» II, cap. 4. || «Bésele vuesa merced las manos de mi parte, diciendo que digo yo que no lo ha *echado en saco roto*, como lo verá por la obra.» II, cap. 51.

Echar el sello. Afianzar y perfeccionar lo empezado, asegurando su más cabal cumplimiento. «Que he de *echar* con ella *el sello* á todo aquello que puede hacer perpetuo y famoso.» I, cap. 25. || «Y, para acabar de *echar el sello*, llegó el correo.» II, cap. 52.

Echar en tierra. Desembarcar saltando en tierra la gente. «Y, *echando* la gente *en tierra*, fortificó la boca del puerto.» I, cap. 39. || «Dióse orden, á suplicación de Zoraida, como *echásemos en tierra* á su padre.» I, cap. 41. || «En la primer parte de España, en hábito de cristianos, de que venimos proveídos, nos *echasen en tierra*.» II, cap. 63.

Echar la bendición. Bendecir. «Aparéjase á *echarme* su bendición.» I, cap. 25. || «Y, después que se la hubo besado, le *echó la bendición*.» I, cap. 30, y, con la misma significación, en los capítulos 39 y 46; II, capítulos 8, 10, 21, 22 y 47.

Echar la zancadilla. Hacerla. «Y, *echándote* la zancadilla...» II, capítulo 60.

Echar maldiciones. Maldecir. «Y *echóse* mil futuras *maldiciones* si no cumpliese lo que prometía.» I, capítulo 28, y, con la misma significación, en los capítulos 34 y 41; II, capítulos 7, 13 y 30.

Echar mano á la espada. Empuñarla, arrancándola, y desenvainarla para defenderse ú ofender á otro con ella. «*Echó mano á su espada*.» II, cap. 29. || «Ni hemos *echado mano á las espadas*.» II, cap. 58. || «*Echando mano á la espada*.» II, cap. 60. || «Sin *echar mano á la espada*.» II, cap. 64.

Echar mano de alguna cosa. Valerse ó servirse de ella para algún fin ó efecto. «El sabio Merlin ha *echado mano* de mí para el desencanto de Dulcinea del Toboso.» II, cap. 36.

Echar menos. fr. **Echar de menos.** «El ventero se quedó con las alforjas en pago de lo que se le debía; mas Sancho no las *echó menos* según salió turbado.» I, cap. 17, y, con la misma significación, en los capítulos 30 y 41; II, capítulos 25 y 49.

Echar pelillos. fr. fig. y fam. Significa dejar ú olvidar las rencillas y desazones que uno tiene con otro para proseguir en la amistad. «*Echemos*, Panza amigo, *pelillos* á la mar, en esto de nuestras pendeencias.» I, cap. 30.

Echar por tierra. Significa infamar, poner nota y tacha, dañar el crédito y la fama. «Cosas, todas juntas y cada una por sí, que pueden *echar por tierra* cualquier honesto crédito.» I, cap. 28.

Echar pullas. Decir expresiones agudas y picantes. «Como si aquí no supiésemos *echar pullas* como ellos.» II, cap. 10.

Echar raya. Aventajarse, adelantarse y alcanzar más que otro. Alude, este modo de hablar, al juego, en que el que raya, ó forma una raya más alta que otros, se lleva el premio. Dícese más comunmente á raya. «Pudiera pasar y *echar raya* entre las más bien formadas.» II, cap. 47.

Echar rayos. Brillar, despedir de sí copia de luces y resplandores. Se dice de los cuerpos brillantes, como el Sol; y suele comúnmente aplicarse, por analogía metafórica, al brillar de las piedras preciosas y también á la hermosura. «Cuando yo vi ese sol de la señora Dulcinea del Toboso, que no estaba tan claro que pudiese *echar* de sí *rayos* algunos.» II, cap. 8.

Echar refranes. Regularmente se toma por hablar mucho y de prisa: lo que se suele expresar diciendo: *Echar por echar*. «Estoite diciendo que excuses refranes, y en un instante has *echado* aquí una letanía dellos.» II, cap. 41.

Echar sobre las espaldas. Poner y cargar sobre ellas alguna cosa pesada, y, por alusión y analogía, es encargarse de alguna cosa; como, de un negocio ó dependencia, cuidar de ella y solicitarla. Dícese también *echar sobre sí*. «Y *echaron sobre sus espaldas* la defensa de los reinos.» II, cap. 1.

Echar suertes. fr. Valerse de medios fortuitos ó casuales para resolver ó decidir alguna cosa. «Y *echaremos*

suertes á quién ha de quedar á guardar las cabras.» I, cap. 12, pág. 251, lin. 2.

Echar telas. Mandar tejer lienzo y otros géneros de tejidos fabricados de lino. «No se dijo á tonta ni á sorda, sino á quien tenía más gana de que mallos que de *echar una tela*, por grande y delgada que fuera.» I, cap. 6, pág. 145, lin. 12.

Echarlo todo á doce. fr. fig. y familiar. Meter á bulla una cosa para que se confunda y no se hable más de ella. «Y lo *eche todo á doce*, aunque nunca se venda.» I, cap. 25.

Echarlo todo á trece. fr. fig. y familiar. Es lo mismo que hablar claro, sin reparo, no guardar modo, respeto ni miramiento, atropellar por todo. «Si no, por Dios que lo arroje y lo *eche todo á trece*, aunque no se venda.» II, cap. 69.

Echar traspiés. fr. fam. Cometer errores y faltas. «Es cosa ya cierta que los descuidos de las señoras quitan la vergüenza á las criadas, las cuales, cuando ven á las amas *echar traspiés*, no se les da nada á ellas de cojear.» I, cap. 34.

Echar una losa encima. Además del sentido recto, es, metafóricamente, asegurar con mayor firmeza el que uno guardará el secreto ó noticia que se le ha confiado. «Lo que á vuestra merced dijere, lo ha de depositar en los últimos retretes del secreto. — Así lo juro, — respondió Don Quijote, — y aun le *echaré una losa encima* para más seguridad.» II, cap. 62.

Echar uno á, ó en, la calle alguna cosa. fr. fig. y fam. Publicarla. «Cuando oyó la duquesa que la Rodríguez había *echado en la calle* de Aranjuez de sus fuentes...» II, capítulo 50.

Echar un vos. Aplicar, añadir. «No dejarán de *echarnos un vos* nuestras señoras.» II, cap. 40.

Echar un voto. Proferirlo. «Calló Sancho, con temor que su amo no cumpliese el voto; que le había *echado* redondo como una bola.» I, cap. 21.

La culpa del asno no se ha de echar á la albarda. Refr. que se aplica á las personas que, por no confesar su ignorancia y para disculpar sus yerros y defectos, los atribuyen á otros que no han tenido parte en ellos. II, cap. 66.

Si el temor de dilatar estas páginas no lo impidiere, en compañía del verbo *echar* irían otros vocablos (*catar* , por ejemplo) cuyas deficiencias, muy notorias en el *Diccionario de la Academia* , las suple con largueza el del *Quijote* . ¡Qué complacencia mayor que la de ver cómo caminan á la par uno y otro Diccionario en punto á los varios sentidos en que puede tomarse la voz *estrechez* ó *estrechez* , para no citar más! ¡Qué de sorpresas como ésta tendrán los amantes de la lengua castellana! ¡Á cuántos estudios lingüísticos no dará ocasión! ¡Qué de dudas sobre las materias tratadas por Cervantes, sobre sus opiniones, creencias, amores y desvíos no podrán resolverse con sólo hojear breves instantes el *Diccionario* con que brindamos á los enamorados del idioma! Cierto, las perlas y los diamantes aparecerán allí como hacinados: el engaste y la colocación toca al artifice. Él, con primoroso modo, de las quinientas treinta y cinco veces en que aparece usada la palabra *Dios* formará hermosos ramilletes para ofrecerlos á la meditación del teólogo, para demostrarle que, sin haber hecho Cervantes profesión de esta ni de ninguna otra ciencia, probó, sin pretenderlo, el dominio que tenía sobre la lengua castellana, y cómo se presta á la expresión de todas las ideas; pues, con ser el suyo un libro de entretenimiento, un libro para deleitar, que no otro es el fin primero del arte, supo formar con este vocablo tal número de frases que en su pluma, con ser muy antiguas, reciben novedad, gracia y hermosura.

Que el *Ingenioso Hidalgo* sea una de las obras más extensas de la literatura española, y que abraza gran número de materias, verdad es que nadie pone en duda, así como la de que contiene tan gran número de vocablos que en él está la mayor parte de los que se hallan en el *Diccionario* de la lengua castellana. Dárselos, no en forma de simple *Índice* , sino con la significación especial que en cada pasaje tienen, puntualizando el *tomo* , *página* y *línea* (1): hé ahí el trabajo que se ofrece para comodidad del lector.

El Sr. D. José María Sáenz del Prado presentó, en uno de los concursos abiertos por la Real Academia Española, el *Índice* (y las frases correspondientes) de todas las palabras usadas en el *Don Quijote* ; pero no le acompaña el estudio de una sola de ellas. Supone esta labor, como escribe el P. Miguel Mir, una voluntad y constancia

(1) Citar sólo los capítulos es lo mismo que no hacer nada ó poco menos. ¿Quién se lanza á buscar una palabra en un capítulo de treinta páginas?

imponderable: dos docenas de años confiesa el autor haber gastado en estas que, por analogía con las de la *Biblia* , llama *Concordancias* . ¡Triste es decirlo! Mal aconsejado, tomó por libro de texto el *Quijote* de Hartzenbusch; el libro, en paz sea dicho, de las falsificaciones quijotescas. ¡Lástima que este error haga inútil obra de tan largas vigiliass!

Labor tamaña, para la que no se ha perdonado desvelo, fatiga ni sacrificio, fuera inútil, por no decir baldía, si en nuestro *Diccionario del Don Quijote* se reflejase la deplorable herencia de yerros y equivocaciones, cuando no disparates y absurdos, que en la inmortal obra de Cervantes han ido introduciendo la incuria y pereza de unos, la desordenada codicia de otros, la desmedida presunción de unos pocos.

Por eso hace tres siglos que la crítica espera un texto limpio, fijo, y que, autorizado por ella, sea, ya que no el ideal tanto tiempo acariciado, al menos la obra en que con mayor seguridad pueda leerse el peregrino libro del príncipe de los novelistas.

Clásico en todas las naciones, y que lo será en todos los tiempos, mientras haya imprentas y ojos que lean, el *Don Quijote* ha de estar exento de toda impureza, porque en él hasta el celo de sus admiradores, si no va acompañado de la discreción, puede trocarse en mancilla, como en verdad se ha trocado más de una vez, según lo acreditará la historia del texto.

Pero ¡qué empresa la de una edición correcta! Los doctos, los maestros en atildamiento, la desdeñan, ó por lo menos enmudecen; mas, unos con su desdén y otros con su inexplicable silencio, obligan á que emprenda tan largo camino quien, reconociendo la debilidad de sus fuerzas, no cede, sin embargo, á nadie en patriotismo ni entusiasmo.

¿Qué puede y debe exigirse en este caso al que, no viendo en ello su provecho ni lucimiento, sino la honra nacional, acomete trabajo tan delicado y espinoso? Le pedirán seguramente purificar el agua que, encenagada en su principio, nunca corrió limpia del todo, aunque á veces se haya deslizado entre jaspes y pórfido con pasamanos de oro, como dijo, con bella metáfora, elegante escritor, al hablar de otro de nuestros clásicos.

Y ¿cómo llevar á cabo empresa dificultosa por todo extremo? Buscando el agua en su origen, en las tres fuentes, que juntas for-

man un solo manantial: si fangoso en lo más hondo, podrá, una vez encauzado, ofrecernos agua casi limpia, tornándose en cristalina si antes que llegue hasta nosotros se consigue pase entre guijas; ó, hablando sin figuras: para purificar el texto hay que hacer su historia desde el instante de su concepción hasta la última edición crítica, y deducir del examen de sus variantes la verdadera lección.

III

MANUSCRITO DEL DON QUIJOTE

Que el sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes y la quietud del espíritu sean grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y de contento, tiénese universalmente por incontrovertible principio de estética. Pero no siempre siguió igual rumbo la fecundidad del ingenio, porque lo mismo han tenido y pueden tener lugar sus más lucidos partos en hermosa floresta que en apocada estancia y tras los hierros de una cárcel, donde la pérdida de la libertad, el recuerdo de seres queridos y la imagen de negros presentimientos diríanse opuestos de todo en todo á la amorosa visita con que la musa de la inspiración regala, donde y como le place, á los genios que entre envidias, vítores y aplausos concluyen por arrebatar la corona é, irguiéndose, suben majestuosamente al alto asiento de la gloria.

Así, en la intranquilidad de una cárcel, en la alborotada cárcel de Sevilla, cuando inundaban el alma del ilustre preso hondas tristezas, en tan duro momento, se concibió la fábula más original, regocijada é inimitable que vieron las edades; y luego, salido de allí su autor, el manuscrito bajo tan malos auspicios comenzado, fué *creciendo, creciendo*, ya en el silencio de aquella su humilde morada de la Collación de San Nicolás, antiguo barrio de la reina del Guadalquivir; ya adicionándolo con páginas arrancadas del gran libro que tanto había hojeado en sus peregrinaciones soldadescas; departiendo en los caminos con los compañeros de viaje que la fortuna le deparaba en tierra andaluza; cuando pintando al amor

de la lumbré en la cocina de este ó aquel pueblo de tan hermosa región, las sabrosas escenas que, llenas de vida y calor, quizá acababa de recoger en la última venta; cuando inmortalizando con su pluma, fresca aún la impresión, sucesos del momento; ahora escribiendo en la dulce calma de aquel pequeño mirador, hoy célebre casa de Esquivias; ahora en la que pronto volvería á llamarse la coronada villa de Madrid; y tal vez retocando los últimos capítulos en la otra Corte Castellana á donde le habían llevado atenciones que luego se dirán.

Así, paso á paso y como *burla burlando*, es muy verosímil se fuese componiendo el manuscrito, trocado al fin en un libro sin par en los anales de la literatura: es el *Don Quijote*, fecundo en la invención, rico en bellezas, agradecido en la forma, gallardo en los pensamientos, fiel en el dibujo, animado en el colorido; es el libro del donaire en las escuelas, en los cuarteles y en los campos; el de lindas escenas en el hogar doméstico; el que más se presta á graves meditaciones en el seno de las Academias; el que mejor retrata las más encumbradas, nobles y valientes aspiraciones de la humanidad.

Mas importa no anticipar los sucesos. Corría el año de 1603 cuando el Tribunal de Contaduría preguntó si Miguel de Cervantes había satisfecho á las dudas que sobre las cuentas de acopio de granos para la Armada tenía aún pendientes de aprobación; y, como la respuesta fuese negativa, se enviaron cartas desde Valladolid á Sevilla ordenando al señor Bernabé de Pedroso le soltara de la cárcel donde por dicho motivo estaba preso. Pusiéronle en libertad bajo palabra de honor, y, excarcelado, fuése para Valladolid. Su equipaje, aunque ligero, contenía valiosa joya: la del precioso manuscrito del *Don Quijote*, que hoy, si por fortuna no se hubiese destruído, conservárase en cajas como las que se diputaron para guardar los poemas de Homero.

«La Tesorería,—dice insigne cervantista,—comprendió que obtener dinero del poeta era más difícil que extraer sangre de un pedernal.» La deuda permaneció sin saldar, pero dejósele en paz porque las deficiencias eran hijas de la buena fe que ponía en cuantos le ayudaban al desempeño de sus comisiones. Además de esto, el viaje á Valladolid no fué infructuoso desde otro punto de vista, pues en él comienza la era de los aplausos, honores y gloria que en